

ROMUALDO A. ESPINO.

---

# UNA MESALINA.

POEMA DRAMÁTICO.

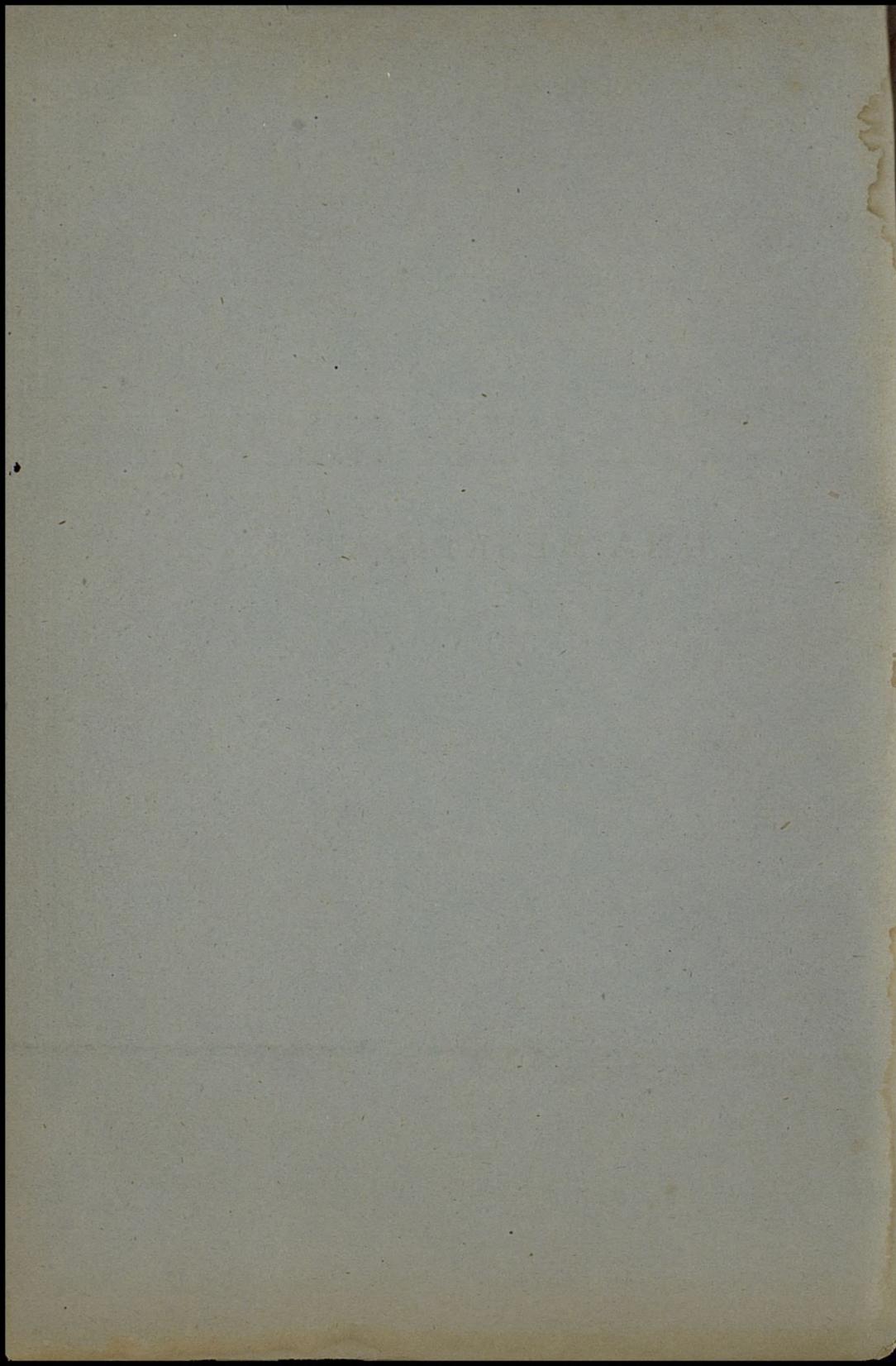


CADIZ.

IMPRESA IBÉRICA,  F. F. DE ARJONA,  
IMPRESOR DE S. M.,

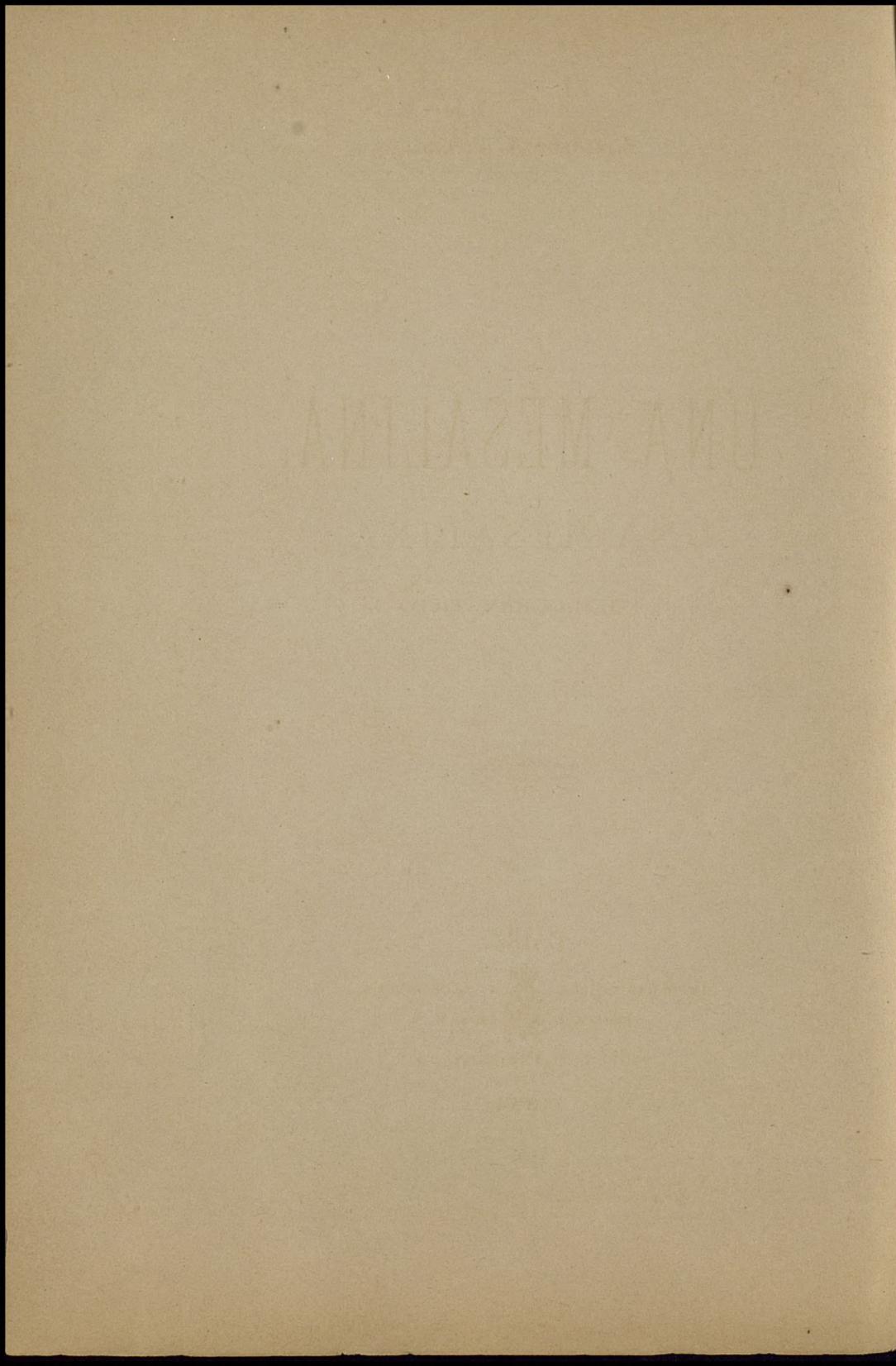
calle de S. Francisco, 14.

—  
1884.



UNA MESALINA.

---



ROMUALDO A. ESPINO.

---

# UNA MESALINA.

POEMA DRAMÁTICO.



CADIZ.

IMPRESA IBÉRICA,  F. F. DE ARJONA,

IMPRESOR DE S. M.,

calle de S. Francisco, 14.

—  
1884.

ES PROPIEDAD.

## A la Señora Doña Adelaida del Pozo,

DE ALVAREZ ALVISTUR.

---

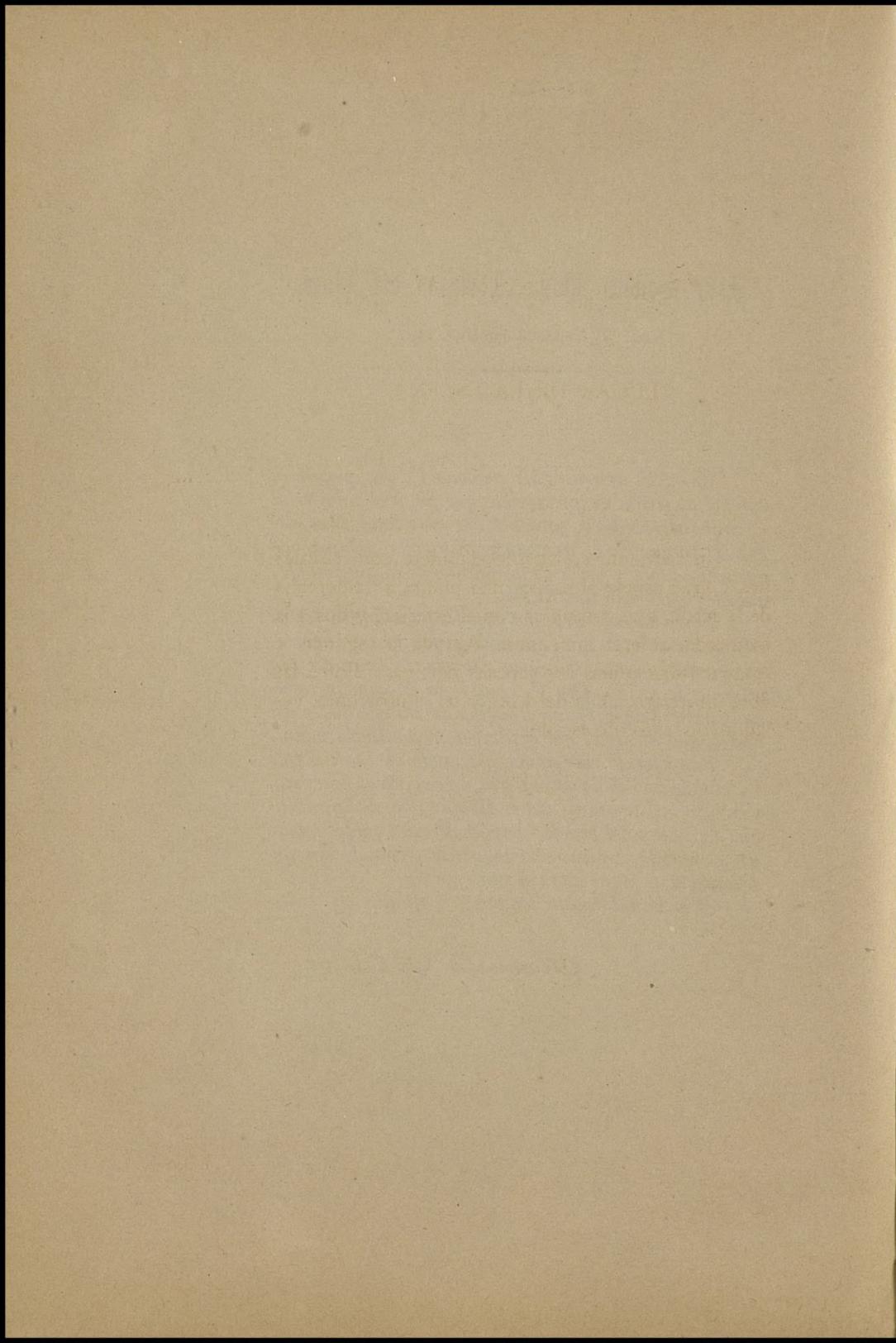
Mi buena amiga. ¿Me perdona V. que ponga su nombre al frente de un poema que pinta el adulterio? Creo que sí; primero, porque V. es muy bondadosa; segundo, porque V. es una muger ilustrada, y nada hay que redima más y mejor de los pecados de la vulgaridad, que la virtud y la ilustración.

Tengo además otras dos razones para dedicarle este esbozo literario: la una, que nada mejor sé hacer; la otra, que nunca ha estado más bien colocada la honradez que al frente del delito. Deje V., pues, que estampe su respectable nombre en la primera página de mi obrilla, y así tendrá una al ménos que brille por su excelencia moral.

Patrocine V. mi poema detestando su idea; acepte V. la intención de la dedicatoria, que es afecto y respeto, y rechace la literatura, que es dibujar uno de los múltiples desenlaces del pecado: después de todo, juntos andan por el mundo, y bien revueltos, vicio y virtud, sin que de aquel se le pegue nada á esta.

Besa humildemente sus piés, su affmo.

Romualdo A. Espino.



## LUGAR DE LA ESCENA.

---

Un reducido y elegante gabinete con chimenea y gran espejo al fondo, una puerta á la derecha de la actriz, que comunica con el exterior, y dos á la izquierda, abierta la primera, cerrada la segunda y resguardadas ambas con espesas cortinas. Entre las dos, un joyero. A la derecha, y en el proscenio, velador con avíos de escribir.

La Mesalina sale del primer aposento de la izquierda, que es la alcoba donde duerme su hijo, dejando la cortina algo recogida.

## I.

Duerme!... Al dejarle el borrón  
de eterna deshonra impreso,  
he sentido que aquel beso  
me partía el corazón!  
Lo adoro y huyo!... Traición,  
que es fuerza que me taladre,  
contra el hijo y contra el padre  
que juntos mi pecho oprimen.  
La muger que aborta el crimen,  
no debiera de ser madre!

Dormia!... Tal es la calma  
del ángel mío querido,  
que no despertó al rugido  
del huracán de mi alma!  
Tras él, con la honrosa palma  
del mártir, que yo desdeño,  
se halla otro ser que es mi dueño,  
mi juez, mi solo señor...  
Ese no duerme: el dolor  
le tiene espantado el sueño!

Algo hay más fuerte y profundo  
que el mismo Dios y el deber,  
puesto que voy á romper  
con el Cielo y con el mundo.  
Hay algo que yo confundo  
de razon y frenesí,  
que lucha dentro de mí  
como furias del averno  
¿Qué otra cosa que un infierno  
es esto que siento aquí?

Casarse y no amar!... Error!  
Más que error, delito es.  
¿Como no mentir después,  
si empecé mintiendo amor?  
¿Como extrañar el rigor  
de aquel que condeno al duelo,  
si á mis ojos me revelo,  
con una abyección extrema,  
yo, que he mentido blasfema  
al sacerdote y al Cielo?

¿Y como, aún virgen, le infamo  
y digo, si no hay ejemplo,  
«la fé jurada en el templo  
es falsa; yo no te amo»?  
¿Como en el hogar proclamo,  
ante su amor dulce y ledó,  
«no ser ya tuya, no puedo;  
pero á otro dí mi albedrío:  
durarán tu honor y el mío  
otro tanto que mi miedo?»

Y así lo pensaba!... ¡Exigen  
de la muger cosas tales!...  
¡Tienen tantos de estos males  
en los padres el origen!  
¿Qué usos, que leyes rigen  
nuestra ciega sociedad,  
que roban la libertad  
de la muger sin ventura?  
¿Los hizo el hombre á su anchura?  
Pues sufra su iniquidad!

Si yó no amaba á este hombre,  
¿para qué venderme así?  
¿Qué me importaban á mí  
sus riquezas ni su nombre?  
¿Quién puede haber que se asombre  
de que, ocultando anhelante  
otra pasion incitante,  
haya mi ser repartido,  
lo ménos para el marido  
y lo más para el amante?

Que á mi padre convenía  
este enlace!... Puede ser;  
más ni él era mercader,  
ni era yo una mercancía.  
Que mi esposo poseía  
grandes títulos y bienes!...  
Qué su amor ponía en mis sienes  
la corona de Condesa!...  
¿Fué esa tu ambicion?... Pues esa  
cuesta un crimen; más la tienes!

Condesa!... Bello dictado  
con que me honró mi marido!...  
Adúltera!... Este otro ha sido  
el que yo me he conquistado.  
Sin piedad me has condenado,  
¡oh, padre! á una vida aciaga,  
y es justo que satisfaga  
tu error mí llanto infinito!...  
¿Con qué ménos que un delito  
un gran titulo se paga?

Erraste; pero perdona  
que haya manchado tu nombre;  
más ¿qué culpa tiene el hombre  
que me ha dado una corona?  
Ya que mi amor no le abona,  
mi virtud, en qué fió,  
abonar su honra debió:  
yo pude, en mi horrible caso,  
hacerle infeliz acaso;  
pero deshonorarle, nó!

Me adoraba!... Nombre, hacienda,  
caricias, joyas, placeres,  
cuanto anhelan las mugeres  
me dió de su amor en prenda.  
La misma funesta venda  
que otro me puso en los ojos,  
le impidió ver los abrojos  
de esta espantosa existencia...  
más él salvó su conciencia  
y yo muero entre sonrojos!

Pobre corazon!... El fuego  
consume al hombre que ama,  
y le deslumbró la llama;  
yo ví, y él estaba ciego!  
Curóle mi ofensa luego,  
abrió los ojos, midió  
el abismo en que lo hundió  
la esposa infiel y perjura,  
bebió la infame amargura  
que le dí!... y no me mató!

Huyó de vergüenza y pena  
de mí, que ingrata le aflijo;  
él me guarda por su hijo,  
y yo por él no fui buena!  
A todo deber agena,  
mancho, sin piedad ni freno,  
hijo y esposo de cieno;  
y hoy, que mis penas son tantas,  
ni el uno me vé á sus plantas,  
ni el otro se vé en mi seno!...

¿Porqué me siento cobarde  
para implorar su perdón?  
Porque en él fuera baldón,  
y en mí un hipócrita alarde.  
Para arrepentirme es tarde:  
borrasca que vá rugiente  
lanzando su rayo ardiente  
en cuanto arrasa y destruye,  
pasa, se deshace y huye;  
pero nunca se arrepiente!

Mi hijo!... Ese ser tan bello  
cuyos besos me exasperan;  
cuyos brazos ser debieran  
santa reliquia en mi cuello,  
en su rostro lleva el sello  
que mi culpa al mundo dice;  
y aunque su amor me esclavice,  
pienso, al mirarle confusa,  
que con sus ojos me acusa  
y su lábio me maldice.

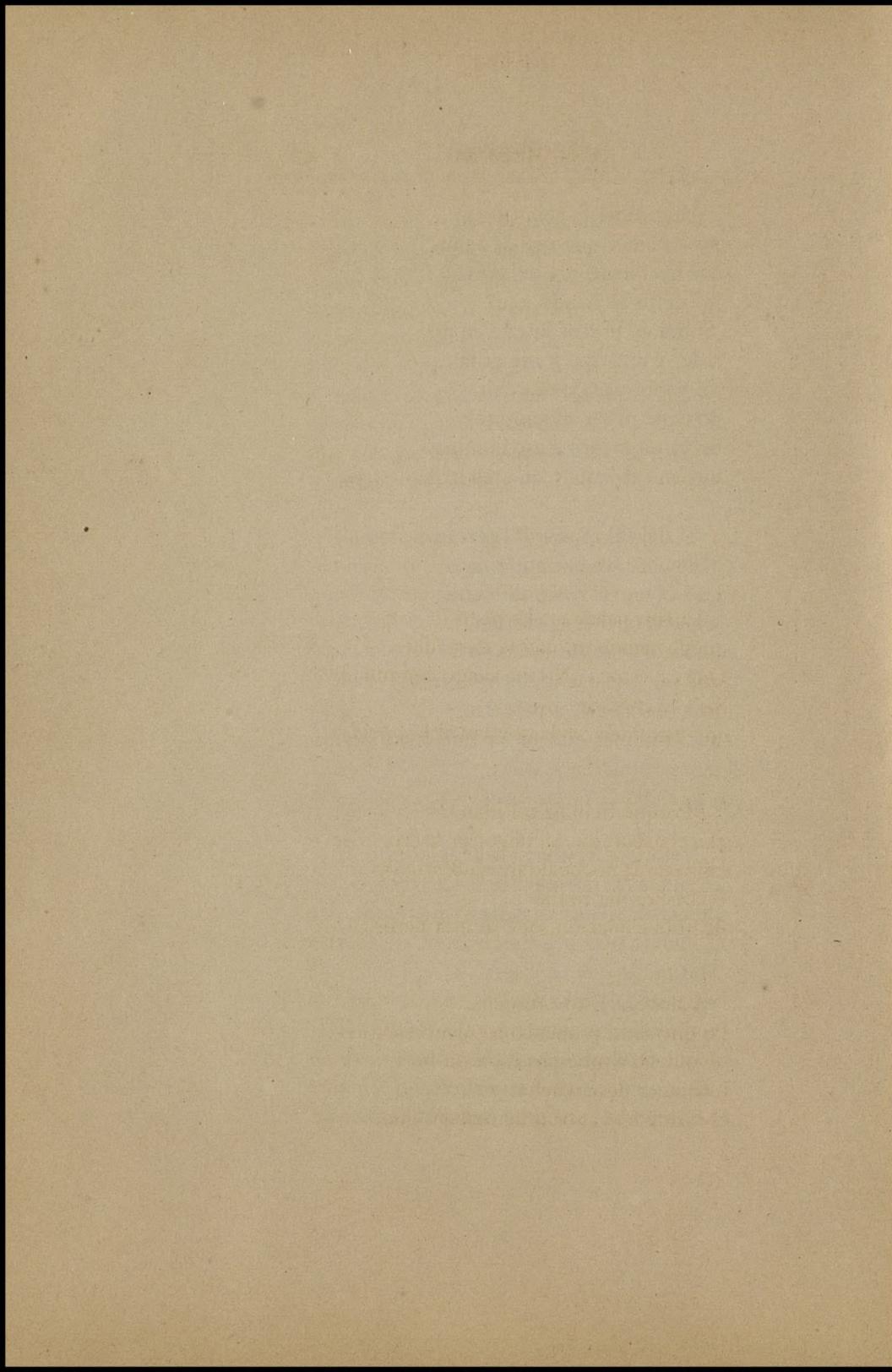
Pudiera arrostrar las iras  
del hombre, no las del niño;  
que es el mentir del cariño  
la más vil de las mentiras.  
Cuando tanto amor me inspiras,  
¿como esperar que mañana,  
ya que no tu lengua insana,  
tu mente audaz me ofendiera?  
Tú no; tú padre me hiera;  
solo con él fui liviana.

Si á tí te adoró mi pecho  
y al esposo negué el culto,  
este castigue el insulto;  
más tú no tienes derecho.  
Qué digo?... ¡Si lo que he hecho  
al uno y al otro alcanza!...  
¡Si de ambos es la venganza  
de mi crimen!... No hay remedio!  
Huir; no tengo otro medio!  
Morir; no hay mas esperanza!

Huyamos!. . Solo por tí,  
por tu amor que me dá calma,  
con las tormentas del alma  
me agito luchando aquí.  
¡Si me dá horror lo que en mí  
arde, y amarga, y me grita!  
¡Si ya mi pasión marchita  
no tiene ni ser ni nombre!  
Si ya no quiero á ese hombre  
que me espanta y que me irrita!

Si dejo al esposo y sigo  
al amante, es por que siento  
que es uno el remordimiento  
y que el otro es el castigo.  
Cedo al impulso enemigo  
que me arrastra, ciego y fuerte,  
¡hijo del alma!, á perderte;  
que aún más que tú en mi alma herida  
pesan el odio á la vida  
y la dicha de la muerte!

Valor!... Se acerca la hora  
en que dí la infame cita.  
Ponga en su lista maldita  
el mundo otra pecadora.  
Mañana lo que él ignora  
mi escándalo le dirá.  
y el mundo responderá  
lo que otras veces ha dicho:  
«Una seducción!... capricho!...»  
No importa!... Resuelto está!



## II.

Cuatro palabras. Es justo  
que le mande mi eterna despedida.  
Qué es esto?... No me siento conmovida?  
Será el cobarde susto  
que estremece en la sombra al homicida.

¿Porqué tiembla mi mano?  
¿Es el deber, que su fulgor postrero  
lanza en la noche de mi sino artero,  
ó el fantasma tirano  
de justa expiación, que se alza fiero?

Valor!... Estoy resuelta.  
Lo que á mi propia conveniencia exijo,  
se lo debo á mi esposo y á mi hijo.  
La muger desenvuelta  
es fuente en el hogar de mal prolijo.

Animol... Dos palabras. *(escribe)*  
«Adios, y para siempre!... Si acrecienta  
mi fuga tu furor, ten muy en cuenta,  
cuando estas puertas abras,  
que por ellas huyó ya la tormenta.»

«No puedo ni aún pedirte  
que mi crimen perdones; no lo hicieras;  
pero no me maldigas cuando mueras,  
que ya van á decirte  
tu venganza mis lágrimas primeras!»

No mas. Ni al hijo mío *(cierra y pone el sobre)*  
lo quiero recordar, por ver si aleja  
esto una pena más. Solo la queja  
contra el esposo impío,  
por la vida espantosa que me deja!

Morir es beneficio  
cuando queda una voz en la conciencia  
que acierte á formular nuestra sentencia;  
cuando queda en cilicio  
convertida la mísera existencia.

Qué necio error! Si pienso  
que no hay pena que peque por absurda,  
para esa trama de plácemes burda  
con que el delirio inmenso  
espera hacer que el corazón se aturda!...

No se aturde. ¡Si duele  
el deleite que apenas se comienza,  
y la ley del dolor no hay quien la vengza!  
¡Si el deber le repele,  
y nos pinta en el rostro la vergüenza!

¿Qué ocultan en el fondo  
las rudas tempestades del delito,  
auroras al nacer, rayo maldito  
al fin, que en lo más hondo  
se hunde cruel del corazón marchito?

Las que ciegas se arroban  
en plácemes que el mundo y Dios reprueban,  
su torpe engaño y su delirio prueban;  
que goces que se roban,  
dejan la infamia y el placer se llevan.

¡Ni un hora de sosiego!  
¡Ni una siquiera de fugaz ventura!  
¡Ni un fulgor leve entre la sombra oscura!  
¡Ni un rayo que en su fuego  
abrase airado mi existencia impura!

En las noches sin calma;  
del mundo embriagador en la presencia;  
envuelta en el vapor de la licencia,  
ó se ensordece el alma  
ó enmudece la voz de la conciencia!

Después, en esas horas  
sin término, profundas, solitarias,  
sin luz el alma, el lábio sin plegarias,  
luchan aterradoras  
las sombras más horribles y contrarias.

¡Oh, cuantas, cuantas veces,  
en tormentosa reflexión sumida,  
juré vencer ó morir en la partida,  
por no apurar las heces  
de aquella amarga copa de mi vida!

¡Y cuantas aquel voto  
que formára el terror, fuera beleño  
para un reparador y dulce sueño,  
y el nuevo día roto  
vió á la vez mi propósito y mi sueño!

¡Cuanta infamia amasada  
con llanto de pavor y risa loca,  
en esos años que la pena evoca!  
¡Cuanta culpa tramada  
con arte vil y corazón de roca!

Allí, en el mismo lecho  
hasta donde me alzó mi honrado esposo,  
sagrado altar de su ilusión hermoso,  
sierpe enroscada al pecho,  
clavé en su honor el dardo venenoso.

Creía que á su lado  
su tierna esposa, ¡la sin par condesa!,  
con pensamiento puro y honra ilesa,  
en sueño sosegado  
reposaba de amor y dicha presa.

Y juntas las dos frentes  
el sol las alumbró muchas mañanas;  
que nunca se encontraron más cercanas  
las sombras inclementes  
y la blanca aureola de sus canas.

Y allá, junto á la cuna  
donde el hijo de mi alma está dormido,  
brotó en mi pensamiento distraído  
la imágen importuna  
de aquel hombre... ¡que no era mi marido!.

Junto á esa cuna bella,  
¡sacrilegio infernal!, yo la evocaba,  
y en tanto que aquel ángel deliraba  
agonizante en ella,  
mi adulterio mental la mancillaba!

Lo que ser debió abismo  
en que hallase mi culpa su fin cierto,  
fué palenque constante y encubierto  
do lucha en mi egoismo  
dormido el ángel, Satanas despierto!

Basta yá!... La muralla  
que el Cielo en esa cuna ha levantado,  
este horrible huracán la ha derribado.  
La funesta batalla  
del deber y el destino, ha terminado.

---

## III.

Es ya tarde... El niño duerme:  
el padre vela;... seguro!

(Mira por la cerradura de la segunda puerta.)

Oscuro... pues en lo oscuro  
vela, y puede sorprenderme.

Los celos estan alerta,  
y hoy temo ya sus enojos:  
Roto el cendal de sus ojos,  
hay que ponerlo en la puerta. (*echa la cortina.*)

Sufre; más no veas la cruz:  
así pudiera cortar  
el rayo de tu pesar,  
como el rayo de esta luz.

No vislumbres mi fiereza;  
no descubra tu furor  
que la que robó tu honor  
te va á robar tu riqueza.

Dejarte querría el tesoro  
que me dió tu amor preclaro;  
pero mi crimen avaro  
me está reclamando tu oro.

¿Quién en el hurto repara,  
si le tiene el furor loco?  
Vida honrada cuesta poco:  
la de la infamia es más cara!

Vengan, pues, las ricas galas  
de tu amante fanatismo;  
para bajar á un abismo  
tambien se requieren alas.

(Volviéndose sorprendida.)

Es su voz?... Nó! Ese eco interno  
viene siempre de mi en pós. (*dentro: Mamá!*)  
Mi hijo!... Es la voz de Dios!  
¡Aun no fué la del infierno!

(Desde la puerta primera, dirijiéndose al niño.)

—Duerme, ángel mio chiquito,  
que aquí tienes á mamá. (*aparte.*)  
¿Qué otra voz responderá  
mañana á su dulce grito?...

Acabemos: hay que huir.  
Ha vuelto á quedar en calma.  
Como ya no tengo alma,  
no se me puede partir.

No he de perder el dominio  
de mí misma en esta hora:  
Ni aún esa voz seductora  
me impedirá el latrocinio.

(Saca las joyas que va nombrando y las coloca en un saquito)

Cuando este hermoso joyel  
me dió mi esposo galante,  
¡cómo busqué yo al amante,  
y cómo le hallé cruel!...

Recuerdo cuando afanosa  
esta diadema ceñí,  
qué hermosa me parecí!  
Para él me puse yo hermosa!

Ingratitud infamante  
é impudor descomedido,  
pedir joyas al marido  
para agradar al amante!...

No vé el apetito fiero,  
cegado por el error,  
que el marido es el *Señor*  
y el amante es el *ratero!*

Esta es mi nupcial corona:  
¡qué elegante, rica y bella!...  
Y vino á ceñir con ella  
las sienes de una ladrona!

Qué vergüenza!... Ya como antes  
con tu brillo no me asombras;  
que he eclipsado con mis sombras  
las luces de tus diamantes!

¡Maldito orgullo insolente,  
que me hizo sentir tu peso  
para dejármelo impreso  
con fuego sobre la frente.

Pobre cosa es la nobleza  
que se cifra en tales dones.  
Debe llevar los blasones  
el alma, no la cabeza!

Primorosa gargantilla,  
sarta de estrellas al cuello;  
para fuera eres destello  
para dentro eres cuchilla!

Brazaletes, qué envidiosas  
hicisteis al contemplaros,  
hoy mereciera llevaros  
convertidos en esposas.

Terminemos: ya está aquí (*cerrando el saco.*)  
mi gran tesoro dispuesto.  
Perdona, y gracias.—Todo esto  
dos veces lo debo á tí.

Halle el despojo disculpas  
en que estas joyas inmensas,  
para tí suman ofensas  
y para mí suman culpas.

Solo siento que en mi huida  
con la riqueza que llevo,  
es aún más lo que te debo:  
todo; todo; ¡hasta la vida!

Tomárasla.—¡Si apetezco  
librar de tales prisiones!...  
Yo te agradezco tus dones;  
pero ese no lo agradezco.

Adios para siempre... Mira  
el fin de lazos que oprimen!  
Más será mi último crimen...  
El último?... No, mentíral

Si el delito ahora se empieza!  
Si el delito nunca acaba!...  
Hay algo que se me clava  
en el pecho y la cabeza!

Parece que en torno vá  
girando todo!... No puedo  
dar un paso!... Tengo miedo!                    *(las tres.)*  
La horal... Es él... Aquí está!...

*(Escucha à la puerta segunda. Dentro, Mamá!)*

Mi hijo!... No: tengamos calma:  
Si voy... Un instante exijo!... (*al amante.*)  
Jesús!... Mi esposo!... No; es mi hijo!...  
Ahora sí que estoy sin alma! (*dentro, Mamá!*)

Gran Dios: su voz!... Son las heces  
del pesar y del baldón!... (*disparo.*)  
Ah!... le mató... Al corazón!  
(Avanzando hácia la puerta por donde supone que vá à entrar  
su marido y presentándole el pecho.)  
Ahora yo!... Jesús mil veces!

(Se abre la puerta y cae desplomada en medio de la escena.  
Si parece bien, se verá al marido, con pistola en mano, apa-  
recer en el umbral.)

---

